

Yukio Mishima

El Pabellón de Oro

Traducido del japonés por Carlos Rubio

ALIANZA EDITORIAL

Índice

1	7
2	44
3	73
4	107
5	141
6	174
7	199
8	245
9	277
10	301
Glosario	332

I

¡Cuántas veces, no siendo yo más que un niño, me hablaba mi padre del Pabellón de Oro!¹.

Nací al noroeste de Maizuru, en un cabo solitario que se proyecta hacia el mar de Japón, la costa noroccidental del archipiélago. Pero mi padre no era de allí, sino de Shiraku, una población en las afueras del este de Maizuru. Abrazó la vida religiosa tras ceder a varios apremios y, una vez monje budista, fue puesto al frente de un templo situado en un remoto promontorio del mar. Allí se casó. Yo fui el fruto de aquel matrimonio.

Cerca del templo del cabo Nariu no había ningún colegio adecuado para mí. Por eso no pasó mucho tiempo antes de que tuviera que abandonar el hogar de mis padres y trasladarme a la casa de un tío, en el pueblo natal de mi padre. Desde esta casa recorría a pie el camino de ida y vuelta al Instituto de Enseñanza Media de Maizuru Este.

La luz que bañaba la tierra natal de mi padre era exuberante. Sin embargo, no pasaba un año, por noviembre o diciembre, incluso en días perfectamente despejados sin una sola nube, en que el cielo no descargara de repente varios chaparrones seguidos. Me pregunto si no sería entonces, y por influencia de tal clima, cuando desarrollé este carácter mío tan cambiante.

1. La traducción literal del título original es «Templo del Pabellón de Oro». En esta versión se ha optado por simplificarlo como «Pabellón de Oro», en consideración, además, al título con que apareció la primera versión española de la obra publicada en 1963. (Todas las notas son del traductor).

En mayo, al caer la tarde, después de haber regresado del instituto, contemplaba las colinas de enfrente desde el cuarto de estudio situado en el piso de arriba de la casa de mi tío. Los rayos del sol poniente refulgían en las hojas nuevas que recubrían las laderas asemejándolas a enormes biombos de oro desplegados allí, en medio del campo. Cada vez que me quedaba absorto viendo estas laderas, imaginaba el Pabellón de Oro.

A pesar de haber contemplado infinidad de veces el templo del Pabellón de Oro real en fotografías y libros de texto, la que dominaba en mi corazón infantil era la imagen del pabellón de un monasterio tal como mi padre me la había descrito. Nunca me había dicho mi padre que el verdadero Pabellón de Oro refulgía gracias a los mil destellos del oro en que estaba construido. No, nada de eso. Así y todo, en toda la tierra no había nada, según mi padre, de una belleza comparable a la de este edificio... el Pabellón de Oro. Tan solo las letras con que estaba escrito y hasta la simple pronunciación de las cuatro palabras de su nombre, dos cortas y dos más largas, imprimían en mi corazón la representación de algo maravilloso.

Por ejemplo, si a lo lejos veía la superficie de los arrozales refulgir bajo los rayos del sol, me decía: «¡Ah, esa debe de ser la sombra dorada que proyecta el pabellón que no se ve!». Es justamente en dirección este por donde se sitúa el paso montañoso de Kichizaka, que marca la frontera entre la prefectura de Fukui y la de Kioto. Es por donde sale el sol. Aunque la ciudad de Kioto de verdad se ubica precisamente en dirección contraria, era por encima de esos montes del este por donde yo veía cómo el Pabellón de Oro se elevaba majestuoso a hombros del cielo de la mañana.

En resumidas cuentas, el Pabellón de Oro se me aparecía en todas partes. En el sentido de que mis ojos no

podían posarse directamente en él; me pasaba lo mismo que con el mar que había por allí. A pesar de que la bahía de Maizuru dista apenas seis kilómetros del oeste del poblado de Shiraku donde yo vivía, resultaba imposible ver el mar a causa de la barrera montañosa que se interponía. Sin embargo, en esa tierra siempre estaba ahí, como flotando, una especie de presentimiento del mar. A veces era el viento el que traía un olor a mar; otras veces, cuando el océano estaba agitado, las gaviotas llegaban en fugitiva desbandada hasta posarse sobre los arrozales cercanos.

Yo era de complejión débil: cuando había carreras o ejercicios de barra fija, los otros chicos del instituto siempre me ganaban. Para colmo, era tartamudo de nacimiento, lo cual me hacía encerrarme más y más en mí mismo. Aparte, todos sabían que yo venía de un templo. Algunos de mis compañeros más maliciosos, para burlarse de mí, se ponían a imitar a un bonzo tartamudo leyendo sutras. En uno de los libros de clase había un relato de un detective tartamudo y los chicos lo leían en voz deliberadamente alta.

Ni que decir tiene que mi tartamudez levantaba un obstáculo entre el mundo exterior y yo. Es el primer sonido el que no sale bien. Este primer sonido es como la llave de la puerta que separa el mundo exterior y mi mundo interior, pero nunca se me ocurrió pensar que esa llave pudiera girar fácilmente. La mayor parte de la gente, al ser capaz de manejar con toda libertad las palabras, mantiene abierta de par en par la puerta que separa el mundo exterior del interior, por lo cual el aire corre continuamente entre los dos mundos. A mí, en cambio, me resultaba totalmente imposible. Mi llave estaba irremisiblemente oxidada.